

ELOGIO DEL MARXISMO

BOLÍVAR ECHEVERRÍA

Agradezco la invitación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a participar en este homenaje al maestro Adolfo Sánchez Vázquez. Lo hago sobre todo porque esta participación me ofrece una oportunidad muy difícil de encontrar —y que por más ceremonial que sea no deja de ser genuina— de decirle a Adolfo Sánchez Vázquez ciertas cosas necesarias que nuestros usos sociales no permiten decir directamente. Cosas necesarias como son el afecto, el compañerismo y la amistad hacia él, que se han ido gestando, por debajo de la admiración y el respeto, a lo largo de más de veinticinco años de una colaboración más o menos intensa pero ininterrumpida.

Mi homenaje quisiera tomar la forma de algo que podría llamarse un *elogio mínimo del marxismo*. Y esto porque elogiar al marxismo equivale a elogiar el atrevimiento, la audacia, la valentía de quien lo cultiva entre nosotros de manera ejemplar.

Implica valentía cultivar el modo marxista del discurso en circunstancias como las actuales, en las que la opinión pública intelectual hace “mofa y escarnio” de él, poniéndolo como último representante del esquematismo y el totalitarismo con los que el discurso moderno intentó reprimir, que no comprender, la realidad. La implica, insisto, porque cultivar el modo marxista del discurso reflexivo no consiste únicamente en defender de acusaciones injustas todo lo valioso que se pudo decir mediante él, sino, sobre todo, en transformarlo radicalmente a partir de las exigencias de la crisis de los tiempos actuales, y también —¿por qué no?— en revertir esas acusaciones sobre quienes las formulan, en mostrar que son precisamente los discursos que pretenden clausurar y anular la propuesta marxista de inteligibilidad del mundo los que han desfallecido y se han dejado atrapar y absorber por el único discurso totalitario y represor que existe: el discurso

sordo pero omniabarcante que hace sin cansancio la apología de la modernidad capitalista.

Antes de intentar ese mínimo elogio del marxismo quisiera recordar aquí, más en el plano de la anécdota, la razón de que la obra de Sánchez Vázquez haya sido aceptada y haya tenido el eco que tiene en la generación que estuvo en edad estudiantil durante la década de los años sesentas.

Muy al contrario de la imagen corriente de los marxistas que se difunde en el periodismo de la “alta cultura” —seres de intelecto limitado y abstracto, reacios a toda sutileza; doctrinarios de opiniones dogmáticas y monolíticas, testarudamente firmes en sus resentimientos sociales y étnicos, dotados de una fobia inocultable hacia la democracia y enamorados únicamente de la dictadura— los más de quienes llegamos a la militancia política de izquierda y a los estudios universitarios en América Latina a comienzos de los años sesentas nunca vimos en la doctrina y el dogma del marxismo soviético, propios de las organizaciones políticas de izquierda, ninguna virtud ni ningún atractivo. El marxismo soviético era una rueda de molino con la que resultaba imposible comulgar y la inevitable convivencia con él sólo se podía sobrellevar dejando de tomarlo en serio y trasladándolo al plano de lo simbólico. Esta generación de intelectuales de izquierda, crecida más con el impulso heterodoxo de los rebeldes cubanos que en el recuerdo de la lucha antifascista, no creía que debía agotarse en repetir y componer variaciones de la misma vieja melodía marxista. Partía, sin duda, de la aceptación del proyecto central del discurso de Marx, pero se creía más bien llamada a reahacerlo e incluso a refundamentarlo esencialmente.

Para quienes estudiábamos en Alemania a comienzos de esa década, la necesidad de pensar todo de nuevo en torno a la idea de la revolución anticapitalista pasaba por la aceptación crítica de las críticas al marxismo que había levantado el existencialismo hegelianizante de Merlau-Ponty y Sartre, de los planteamientos posmarxistas de la Escuela de Fráncfort, de la revolución en la ontología que había iniciado Heidegger y de los marxismos heterodoxos de los años veinte (que nosotros mismos reeditábamos). Nuestras exigencias dirigidas a los otros y a nosotros mismos no toleraban las salidas ideológicas fáciles. En medio de ellas y dentro de los círculos de estudio de la AELA

en Berlín, en los que dialogábamos con compañeros como Rudi Dutschke y Bernd Rabehl, entre otros, sensibles a la problemática del Tercer Mundo, era muy poco, por no decir nada, lo que, aparte de los ensayos de Mariátegui, los latinoamericanos podíamos presentar dentro de una línea teórica preocupada por reconstruir el discurso marxista. Por esta razón, recuerdo de manera muy especial la ocasión en que, excepcionalmente, pude presentar con orgullo el texto de un latinoamericano que podía resistir esas exigencias. Se trataba de un ensayo de Sánchez Vázquez sobre marxismo y estética que acababa de ser publicado en una revista de la Cuba entonces revolucionaria y en el que se esbozaba ya el intento posteriormente realizado de refundamentar el marxismo sobre la “teoría de la praxis”.

La obra de este filósofo tuvo una importancia especial dentro de un cierto sector de la generación de universitarios que se inició a comienzos de los años sesentas en América Latina. Aquella parte que ponía el énfasis en el lado humanista del saber universitario, que, en primer lugar, había sido atrapada por la dimensión estética de la vida cotidiana —y, por supuesto, por lo que de ella hay en las artes plásticas, la música y la literatura— y, en segundo lugar, que había tomado partido por la lucha revolucionaria como la vía más adecuada para romper el círculo de la miseria y la injusticia que agobia al pueblo. Era un amplio conjunto de jóvenes que pensaba que la verdad, la bondad y la belleza, es decir, la técnica moderna, la democracia económica y política y la estetización de la vida cotidiana, se pertenecían entre sí, que podían y debían ir juntas. Esta generación —que suponía por lo tanto que el arte y la revolución iban por el mismo camino, que incluso en ciertos trechos, eran la misma cosa— veía entonces con asombro que justo aquella ideología que pretendía guiar los pasos de la revolución se veía en la necesidad, por un confuso juego de fidelidades dogmáticas, de jerarquizar lo injerarquizable y de administrar con predilecciones y prohibiciones oficiales el encuentro y la combinación de “dos instancias” que estaban ya por sí mismas compenetradas, el arte con la revolución. El marxismo soviético desconfiaba de la espontaneidad del pueblo y en la medida en que lo hacía veía en el arte una actividad sospechosa.

Para esta generación, la publicación del ensayo de Sánchez Vázquez tuvo una importancia especial. Era un ensayo sobre la autono-

mía del arte respecto de la economía y la política, que venía a mostrar que una teoría de inspiración marxista, si estaba bien pensada, no sólo no obstaculizaba el entendimiento de una relación libre entre el arte y las necesidades sociales, sino que lo abría y facilitaba.

Un mínimo elogio del marxismo puede consistir sencillamente en señalar las diferencias que lo distinguen de lo que podríamos llamar el estado predominante del discurso reflexivo en las sociedades modernas del momento presente.

La "condición posmoderna" a la que este decurso parecía haber llegado hace diez años, condición marcada por lo que se dio en llamar la "caducidad de los grandes relatos", de los grandes sistemas omniabarcantes de inteligibilidad de lo real, y por el apareamiento de los discursos débiles, de vigencia voluntariamente circunstancial y pasajera, ha evolucionado, poco a poco, hasta convertirse en una condición sustancialmente distinta.

El escepticismo mesurado en el que la voluntad de verdad persistía pese al reconocimiento de sus límites, se ha tornado un escepticismo total. El logocentrismo y el politicismo de comienzos de la época moderna, lo que en un principio fue confianza ciega en la capacidad del discurso racional de guiar las decisiones de la república o del príncipe, se ha convertido en todo lo contrario, en desconfianza y en renuncia. Ninguna propuesta de inteligibilidad de lo real es considerada capaz de explicar o comprender nada y ningún proyecto de actividad política merece otra cosa que la burla o la sospecha. La sociedad toma distancia respecto de su propia soberanía, la opinión pública se abstiene de juicio, y, en lugar de esa soberanía y esa opinión, se impone la voluntad ciega de la reproducción del capital y la racionalidad espontánea de sus intereses.

Al mismo tiempo, sin embargo, compensatoriamente, toda la voluntad social de verdad para el discurso y de justicia para la actividad política parecen concentrarse en las afueras del discurso reflexivo racional y en las afueras de la esfera política formal. La reafirmación de las comunidades políticas naturales y los fundamentalismos religiosos, acompañada de su exceso, el resurgimiento de los micronacionalismos y los fanatismos, es cada vez más generalizada.

Una polarización que parece haber llegado a un rompimiento irreconciliable caracteriza el uso social concreto de la capacidad reflexiva

de las sociedades actuales. Está, por un lado, el abandono —más frecuente en las concentraciones de “primer mundo” que hay en todo el mundo— de toda confianza en la capacidad orientadora y civilizadora del discurso y su ejercicio público; un abandono que llega al extremo de interiorizar y ejecutar como propia la “lógica cínica” de la destrucción neoliberal. Por otro lado se encuentra, en cambio, la entrega ciega —más extendida en lo que de “tercer mundo” hay en todo el mundo— a la certeza de las verdades reveladas; una entrega que llaga hasta la fetichización o idolatría fundamentalista del discurso en calidad de fuerza material capaz de “mover montañas” por sí sola, de dar forma y contenido a la civilización.

Es en medio de esta situación en donde merece que se destaque la validez y la actualidad de la propuesta marxista de inteligibilidad del mundo. Como en la primera época de la modernidad, en los tiempos del Renacimiento, el proyecto marxista pretende sintetizar la razón y la utopía. Estos dos momentos constitutivos de la actividad humana que, separados e independizados el uno del otro, tienden a exagerarse monstruosamente y a dar lugar a la concentración de esos dos polos que caracterizan a la condición actual del discurso y la política: al escepticismo y el cinismo, por un lado, y al fundamentalismo y el fanatismo, por otro.

El proyecto marxista plantea que la enajenación no es una condena natural que pese sobre la condición humana. Que es una realidad histórica, si no reversible, al menos combatible, eludible. Que la sociedad humana puede ser soberana, es decir, conducir su propia historia y que, en esta actividad política de autoconducción, el discurso, es decir, el combate dialéctico de las opiniones racionales, juega un papel predominante.

En nuestro tiempo, el momento utópico y el momento pragmático, sin cuyo enfrentamiento y complementaridad es imposible una reflexión y una política modernas, sólo parecen mantenerse en esa síntesis contradictoria y vitalizadora dentro del proyecto marxista. Paradójicamente, el marxismo, el discurso de la revolución, de la ruptura con el pasado, es ahora, también, el discurso que recoge y cultiva la mejor herencia de occidente, su voluntad utópica criticada por el escepticismo de la razón.

En el panorama desolado en el que sobrevive el discurso reflexivo contemporáneo, el marxismo se distingue así como una excepción. Por sí sola, la comprobación de esta excepcionalidad del proyecto marxista significa ya un mínimo elogio del mismo. El mismo que es también, inmediatamente, un elogio mínimo del mejor marxista entre nosotros, Adolfo Sánchez Vázquez.